

Elementos para una relación equilibrada entre la estructura y el sujeto en estudios de análisis sociológico

*Vicente Paz Ruiz**

RESUMEN

Con la finalidad de establecer una propuesta de equilibrio entre la superficie y la estructura en los estudios de análisis sociológico, se hace una exposición de las propuestas metodológicas que para el estudio de la realidad han desarrollado Morin, Zemelman y Osorio. En la superficie se ve el detalle de las relaciones entre los sujetos y se conceptualiza a éstos en tanto que, según las ideas de Braudel, la estructura ve lo macro tanto en tiempo como en espesor. Con estos dos elementos analizados se propone resolver un debate epistémico: ver superficie y estructura a partir de un enlace en tiempo coyuntural, una propuesta que se denomina de flujo y en la que la historia oral tiene sentido e importancia.

PALABRAS CLAVE: estructura, coyuntura, espesores, tiempo, superficie.

ABSTRACT

Aiming to establish a balance between surface and structure in the studies of social analysis, we expose the methodological proposals that Morin, Zemelman and Osorio had developed for the study of reality. On the surface, it is possible to observe details of the relationship between subjects, which at the same time are conceptualized since, according to Braudel, structure shows the macro level both in time and thickness. With these two elements previously analyzed, it is proposed to solve an epistemic debate: to see surface and structure from a link in a coyuntural time, a proposal called flow, in which oral history has meaning and significance.

KEY WORDS: structure, juncture, thickness, time, surface.

* Alumno de la generación 2005-2007 del Doctorado en Ciencias Sociales. Área Sociedad y Educación. Ex becario del Conacyt [vpr94948@hotmail.com].

DE QUÉ HABLAMOS

En la vida cotidiana nos percatamos de lo inmediato. Nuestros sentidos nos informan de lo que acontece en el exterior de nuestro cuerpo, lo interpretamos según nuestros *transductores*¹ y sintetizamos un conocimiento. La interpretación es personal, así como la posibilidad de transducción. La forma en que nuestro “yo” actúa en la interpretación, dándole prioridad a las ideas o bien dándosela a nuestros transductores, ha sido cuestionada por la filosofía desde los griegos, quienes al llegar a este punto y preguntarse qué es el conocimiento y si éste es producto de nuestra interpretación o de nuestra transducción, cayeron en cuenta de que la pregunta que debía plantearse en todo caso era ¿qué es la realidad?

El problema del conocimiento es central en la filosofía. La teoría del conocimiento –esto es, la episteme– se entiende como una disciplina filosófica que estudia los fundamentos, métodos y lenguaje del mismo. Aquellos que ubican el conocimiento dando prioridad al objeto (realistas) son partidarios del conocimiento sensible, en tanto que otros dan prioridad al sujeto (idealismo en general) y a lo inteligible en la relación de aprehensión del objeto por el sujeto. Para que se produzca dicha aprehensión, el objeto debe ser gnoseológicamente trascendente al sujeto, ya que de no ser así el sujeto se aprehendería a sí mismo y obtendría, en consecuencia, una mera representación de sí.

De este modo, observamos que el conocimiento está indisociablemente relacionado con la realidad. Para entender un poco más al respecto, atenderemos la idea de realidad desde los realistas, y de los racionalistas tomaremos, específicamente, el punto de vista idealista, para obtener así una mirada metodológica del estudio aportado por Zemelman (1997).

¹ Se entiende el término *transductor* como un anglicismo de uso común en electrónica e ingeniería biomédica. Un transductor es todo aquello que convierte una forma de energía a otra manejable para un lenguaje técnico en forma de señal para su lectura en un instrumento.

REALIDAD

Los realistas

La racionalidad y el realismo son dos polos que pretenden abordar el problema de la realidad. Ambos intentan responder qué es el mundo y qué hay en él. Por el momento dejaremos de lado la razón pura ya que, desde un punto de vista realista, estudiarla sin un referente empírico o correspondencia con lo que percibe nuestro sentido común es aprehendernos a nosotros mismos, mas no a la realidad. Ello no implica, sin embargo, que la verdad sea algún tipo de correspondencia con la realidad exterior.

El realismo advierte que las teorías que aspiran a explicar la realidad buscan la verdad, pretenden que existe como tal y se acercan a ella sabiendo que no es estática, sino móvil y dinámica. Como eje de su discurso, el realismo asume la existencia de los objetos (entidades) que son motivo de nuestras teorías, pues de no ser así se hablaría de la nada. Aquí tendríamos que determinar si se cree en la teoría o en las entidades-objeto. Los materialistas creen en la existencia de la realidad como una totalidad común de un universo sensible, en tanto que los positivistas son antirrealistas respecto de las teorías y las entidades. Para estos últimos, sólo lo que puede ser establecido por la vía de la observación es creíble; son anticausa y antiexplicación; entienden a las teorías como instrumentos para la predicción de fenómenos y, sobre todo, para la organización de nuestro pensamiento (Hacking, 1996).

Los positivistas, aquellos que suponen que ver es creer, no son los únicos antirrealistas, también los pragmáticos cuestionan la realidad y ponen su fe en el proceso del conocimiento. Así, por ejemplo, Peirce menciona que "lo real es entonces aquello a lo que, tarde o temprano, la información y el razonamiento finalmente nos conducirán", y agrega que algo es real si una comunidad de investigadores se pone de acuerdo en que existe. Ello sugiere que la verdad es lo que el método científico termina por asentar en una investigación (vg. los enlaces químicos); sin embargo, Peirce advierte que es difícil creer que la naturaleza esté gobernada por leyes regulares debido a que vivimos en un universo azaroso. En el mismo sentido, Dewey y James sostienen que necesitamos de la existencia de la realidad para sentirnos cómodos al creerla y hablar de ella. Para estos autores, el conocimiento contemplativo de

la realidad es una contaminación de una clase acomodada de filósofos que sólo piensan y escriben, contraria a la clase de los que trabajan y no pueden darse el lujo de dedicarse a la observación (Hacking, 1996).

Por su parte, Kuhn (1971) menciona que las teorías –las explicaciones de la realidad– que compiten entre sí no pueden compararse viendo cuál encaja mejor en los hechos; esta es una idea antirrealista que denota el principio de inconmensurabilidad. Si tomamos como punto de partida que los hechos cambian al cambiar quien los construye, caemos en la disociación. Una visión de mundo diferente construye hechos diferentes y sus explicaciones teóricas serán históricamente distintas. Un punto más a considerar es que dos teorías rivales son siempre mutuamente incomprensibles y nunca traducibles una a la otra. Con base en este principio, es imposible pretender compararlas en términos racionales para ver cuál encaja mejor en la realidad.

De todo esto se desprende que los realistas creen en la existencia de la realidad como tal, como algo ya dado y sobre lo que hay que aprender. Sin embargo, persiste entre ellos una discusión respecto a qué tanto se puede creer en las teorías como intentos por representar a la realidad, o bien cómo su intervención nos lleva a esos constructos. Los positivistas ortodoxos no creen en las representaciones porque para ellos la realidad es la fuente directa del saber, y en esa medida son antiteoría, aunque creen en las entidades. Por su parte, los pragmáticos aceptan la realidad como fuente de saber, pero admiten que no hay una realidad ordenada ni se puede saber de ella sin intervenir. Así, representar e intervenir lleva al saber concretado en teorías. No obstante, Kuhn parte de un punto de vista sociológico y relativiza a la teoría como el producto del trabajo de un grupo de científicos en particular, mas no como un saber universal.

Los idealistas

Hablar de la realidad desde el punto de vista de los racionalistas implica asumir que el único “órgano” adecuado o completo del razonamiento es la razón, de modo que todo conocimiento verdadero tiene su origen en ella. Aquí hablaremos de un racionalismo gnoseológico o epistemológico, pero primero atenderemos las previsiones de su uso según acota Edgar Morin (1998).

La racionalidad es diferente de la racionalización, lo racional “es aquello que nos permite dialogar con la naturaleza y nuestro espíritu, que crea las estructuras lógicas, que las aplica al mundo, y que dialoga con el mundo real”; sin embargo, al ser parte del mismo mundo que observamos, estas estructuras resultan insuficientes para entenderlo en su totalidad.

En este sentido, Morin contrasta la racionalidad con la racionalización, que es retraernos en nosotros mismos atesorando nuestras ideas y tendiendo a rechazar cualquier atentado contra ellas, lo que, en suma, sería caer en una paranoia. La racionalización es desatender la realidad y hundirnos en nuestro “yo”, dejar de aprehender la realidad y aprehendernos a nosotros mismos.

Los racionalistas toman el “yo” como punto de partida para entender la realidad. Si hay algo de lo que están seguros es de que son dueños de sus pensamientos como no pueden serlo del exterior. Así, el “ser” significa estar dado en la conciencia, luego ser contenido en ella. La realidad se determina por la conciencia del sujeto. Al aplicar la racionalidad podemos decir que las teorías no son aproximaciones a la verdad, sino, en el mejor de los casos, entes útiles para hacer predicciones. Luego entonces, las entidades de las que hablan las teorías son ficciones intelectuales.

En ese sentido, Descartes señala que el mundo está hecho de dos sustancias: la extensión (el espacio) y el pensamiento (el espíritu). La primera pertenece al mundo, a la existencia física sujeta a sus leyes, materia pública y externa, espacio y tiempo; el segundo, al mundo mental, existencia privada e interna sin tiempo ni espacio.

El mundo tiene dos sustancias (irreducibles entre sí): *res cogitans* y *res extensa*. Para Descartes las ideas (teorías) son sólo signos de las cosas (Cárdenas *et al.*, 1996). La noción de realidad como algo al arbitrio del hombre queda, valga el término, descartada. La máxima *cogito ergo sum* no niega la existencia del mundo exterior, sino sólo que éste sea simplemente un dato del cual se parte. Estamos entonces ante un pensamiento antientidades.

En ese sentido, la idea trascendental de Kant señala que el problema no está en saber si las cosas materiales exteriores existen o no; la cuestión es saber que las cosas externas nos son cognoscibles mediante percepción inmediata. Kant está muy lejos del ver para creer, se ubica más bien en el ver para pensar, en tanto lo dado es función de lo puesto. Retomando a Descartes, advierte que el sujeto cognoscente

ejerce una actividad para representar la realidad, no para tomar al mundo como ya representado.

Como vemos, el racionalismo no cae en una visión ingenua de negar la realidad del sentido común. En todo caso, se ocupa de negar que la realidad es tal como la percibimos, luego somos nosotros los que con nuestra razón la representamos.

Según Zemelman

Hugo Zemelman (1997) se preocupa por el problema metodológico para abordar la complejidad de la realidad, que para él es el instante que vivimos, el presente. Su inmensa densidad de entidades y relaciones la hace inconmensurable, imposible de aprehender. El reducido tiempo del que disponemos para hacerlo nos lo impide. Cuando pensamos en la realidad, realmente estamos pensando ya en historia; cuando vemos hacia el frente de esos nanosegundos que dura la realidad, vislumbramos el futuro. Sólo durante el momento vivido estamos en la realidad, nos movemos con ella, el complejo espacio-tiempo nos transporta, y por tanto estudiarla es imposible. Podemos hablar de reconstruirla, de crear escenarios futuros, pero la realidad, como aquello en lo que estamos inmersos como gusanos creando una deformación del espacio-tiempo, no es susceptible de ser conocida.

Para Zemelman sólo queda reconstruir la realidad y para ello se debe ser metódico, separar un fragmento de ella para poder saber parte de la completud, por lo cual propone el uso de conceptos ordenadores, elementos que vistos por separado nos permitan el estudio de fragmentos de la realidad (reconstruida), pero siempre conscientes de que son parte de un todo articulado.

Un aporte de Zemelman –con el que concuerda Osorio (2001)– es la inclusión del tiempo no como algo dado, sino como uno más de los conceptos ordenadores (dimensiones), como podrían ser el espacio, lo político, lo económico, lo cultural.

Después de analizar estas tres formas de ver la realidad –desde el realismo, el idealismo y un enfoque metodológico–, observamos que en ellas se pasa del extremo de la realidad entendida como absoluta, al extremo de la realidad como producto puro de la razón. Los extremos no son recomendables. La noción metodológica de Zemelman

recupera que la realidad existe pero es reconstruida, representada por nosotros. Este punto cercano al idealismo trascendental es el que sigue este trabajo.

SOBRE EL MÉTODO

Si bien la creación del conocimiento en ciencias sociales tuvo en sus inicios una fuerte influencia del prestigio de la ciencia positiva (por ejemplo, la física social), mostró rápidamente que la forma de hacer ciencia nomotética no tenía cabida en lo social.

El positivismo, uno de los paradigmas del pensamiento nomotético, está pensado y es útil para el estudio de las cosas, de la *res extensa*, pero no para el de las personas ni de la sociedad. Éstas reclaman una forma particular de hacer ciencia que el pensamiento positivista no satisface; se requiere, pues, de una forma que sea subjetiva, histórica, contextualizada y particular.

No obstante, cuando se hace ciencia en el campo social existe la tentación de seguir lo probado, el método positivo que da prioridad a lo concreto, a aquello con lo que se tiene contacto. No es difícil dejarse llevar por un método que garantice el logro de verdades que no puedan ser cuestionadas. Se cae así en la tentación de ser positivo en el pensar y mecánico en el hacer, de buscar leyes que puedan explicar más de un caso de estudio, no sólo el particular. Detrás de todo ello está la pretensión de crear “la gran teoría”, pero, en tanto sabemos que la ciencia social es histórica, contextual y subjetiva, esa seducción debe ser alejada.

Para escapar a esa fascinación es necesario crear formas particulares de propiciar un diálogo realidad-razón, en lugar de injertar métodos, formas de pensar positivas para un razonamiento, para un diálogo de intersubjetividades que ronda sobre las relaciones entre las personas.

Bourdieu (1983) señala que la creación de conocimiento a partir de un método “estándar” es cuestionable. La continuidad, la coherencia de un trabajo, se logra al seguir una idea maestra, no un método. Desde esta perspectiva, el método es sólo la sistematización de la forma en que se buscan respuestas siguiendo una idea maestra. Los pasos del método, seguidos de manera mecánica, están ya dados y son metas, puntos a los que hemos de llegar para proseguir en la búsqueda de respuestas.

El método se convierte entonces en una ruta, una guía de discernimiento, pero esa ruta se vuelve tan rígida que parece ser lineal. Al seguirla e ir alcanzando las metas que nos propone, nos impide el retorno para reaprender de lo realizado. Cada uno de los pasos de un método son, en esencia, distintos unos de otros. Si los entendemos como rutinas, como una serie de estaciones, estaremos rompiendo la continuidad de un proceso de indagación. Para evitar esto, dicho proceso deberá ser siempre guiado por el interés racional del que investiga.

Empíricamente, fuera de nosotros no existe un método. El método en sí es un constructo de nuestra razón, y no podemos hacer que este producto de nuestra forma de pensar, generado para sistematizar el trabajo, sea superior a la idea para la que fue creado. Será la idea la que rija el trabajo, es decir, el método deberá modificarse, adecuarse, buscar coherencia y continuidad de acuerdo con las necesidades de la idea, mas nunca a la inversa: doblar la idea para satisfacer el rigor y las necesidades del método.

El método está al servicio de las ideas. Los datos que arrojan las técnicas diseñadas *ad hoc* para nuestras necesidades de respuesta son sólo eso, datos. No son ellos los que dan las respuestas, los que analizan o encuentran regularidades; es el investigador, guiado por su idea maestra, quien le da sentido a un instrumento. De este modo, lo mecánico, el método como receta infalible, no es posible. Dicho de otra forma, el método y sus instrumentos siempre serán un constructo al servicio de la razón, mas nunca un sustituto.

Por ello, dentro de una lógica de investigación la construcción del objeto no es algo trivial. Los hechos, entendidos como relaciones establecidas entre dos cosas, son una abstracción de nuestra mente (el fenómeno según Hacking [1996]). Es la intención lo que da sentido a los comportamientos y a las regularidades que observamos. La asociación que establecemos entre esos comportamientos y regularidades estará basada en el estudio que sobre ellos pretendamos realizar. En ciencias sociales, la forma de construir dicha asociación consiste sobre todo en buscar aspectos comparativos y establecer analogías. Una de las formas de construir esas analogías es el modelado, que es un apoyo para establecer relaciones profundas en nuestro estudio.

Regresando al caso que nos ocupa, si queremos establecer una relación equilibrada entre diferentes espesores de la realidad –lo

profundo y la superficie– y hallar una forma de abordarlos a ambos en una condensación de tiempo (social) y espacio –esto es, en una coyuntura (Osorio, 2001)–, debemos partir de que esto es posible con base en un modelo, una representación de la realidad que nos permita abstraer propiedades del modelo mismo y de las partes que lo forman. Hablaremos entonces de *estructura*, *sujeto* y *coyuntura* para generar una metodología que permita abordar dos polos de la estructura en la unidad de espesor –lo superficial y lo profundo– que en apariencia son excluyentes.

Noción de estructura

La semántica del término indica que *estructura* es el modo como está construido un edificio, la armadura que sostiene un conjunto, el arreglo o disposición de las diversas partes de un todo; en suma, es aquello que sirve de soporte a una construcción.

Por su parte, Braudel explica que la estructura es entendida como el soporte físico, geográfico y cultural de la sociedad. Para este autor, la estructura domina los problemas de larga duración. Para los historiadores –abunda Braudel–, una estructura es indudablemente un ensamble, una arquitectura, pero más aún, es una realidad que el tiempo tarda enormemente en desgastar y en transportar. Ciertas estructuras (no todas) están dotadas de tan larga vida que se convierten en elementos estables de una infinidad de generaciones: obstruyen la historia, la entorpecen y, por tanto, determinan su transcurrir (Braudel, citado en Osorio, 2001). Para “ver una estructura” desde la superficie, se requiere condensar el tiempo para que a partir de una arritmia sea visible lo que en un tiempo de onda larga es invisible.

Para Wallerstein (por cierto, discípulo de Braudel), la estructura remite a lo macro y a la larga duración. Recordemos que su maestro divide el tiempo social, demarcándolo del cronológico, en tiempo corto, medio y largo. El tiempo corto es aquel que ocupa a lo más una vida; el tiempo medio invoca a lo sumo un linaje o dinastías; y, por último, el tiempo largo es el tiempo de las civilizaciones.

Su visión preferente del tiempo largo y de lo macro hace que la estructura sea lo que da soporte a los cambios. De ahí que, dada la vastedad de su referencia, las modificaciones parciales no le afectan en su conjunto (Osorio, 2001).

La estructura también ha sido vista desde un punto de vista funcionalista. Marx, por ejemplo, “en cuanto a nivel de estructura o modo de producción [...] en su obra [...] privilegia la dimensión profunda de espesor [estructural] y la temporalidad larga, lo que dificulta aprehender fenómenos de corta duración y espacios locales” (citado en Osorio, 2001).

Como vemos, estos tres autores –Braudel, Wallerstein y Marx– conciben la estructura como algo macro y difícil de acotar en un tiempo corto y espacio local. Es en este sentido que Braudel abre un resquicio al decir que “ciertas estructuras” son de larga duración, *ergo*, algunas no lo son.

Siguiendo esta línea, el pensamiento complejo de Morin (1988) sugiere tres principios para ayudar a pensar la complejidad: el dialógico, el recursivo y el hologramático. Para este último, menciona que “el menor punto de la imagen del holograma contiene la casi totalidad de la información del objeto representado, no sólo la parte está en el todo, sino que el todo está en la parte”. De ahí se desprende que para que haya una relación –visible– entre la estructura y la superficie, media sólo un paso: invocar el pensamiento complejo y la arritmia del tiempo.

Noción de coyuntura

Osorio (2001) recupera la noción de *coyuntura* esbozada por Braudel y dice que ésta

[...] es el nivel más inmediato de la realidad social, el espesor de superficie y un segmento de tiempo corto específico, aquel donde se condensa el tiempo social, una coyuntura por tanto, es un cruce entre espesor y tiempo social [...] es cuando la estructura irrumpe en la superficie societal, quedando más o menos desnuda [...] hace posible que en la coyuntura la estructura se convierta en una unidad visible y manejable en la superficie y en el tiempo corto.

Por su parte, Zemelman (1997) dice a este respecto que

[...] desde el punto de vista metodológico, los procesos estructurales parecen más fáciles de reconstruir, pues ocurren en tiempo largo [...] mientras que los procesos coyunturales, precisamente por influir sobre

los de carácter estructural, ocurren en una escala temporal más cercana a la de las prácticas sociales.

Lo anterior da idea de la contradicción del que hace ciencia social. Su experiencia se reduce a un espacio corto de vida, pero su visión debe incorporar procesos de larga duración. En palabras de Zemelman, “la sociedad se muestra en el plano macro, pero se constituye desde el plano micro”. Así, Zemelman pone el énfasis en la existencia de una estructura pequeña y un tiempo pequeño en un espacio local e invoca a la microestructura y microcoyuntura.

Articulando las ideas de Osorio y Zemelman, es posible pensar que las estructuras pueden estudiarse desde los sujetos dada la cohesión de unidad entre la trama de la estructura y sus componentes. Así, al estudiar una porción de la estructura se estaría indagando sobre su totalidad. Para fines particulares de este trabajo, partimos de suponer que existen estructuras que pueden estudiarse en coyunturas al aflorar a la superficie.

Noción de sujeto

Haciendo un recorrido histórico por las vías del desarrollo del pensamiento social respecto del sujeto, Valentina Cantón (1999) destaca que éste ha sido visto como un ente virtuoso y educable en la Grecia antigua; de ahí pasa al siglo XVIII y a la modernidad, donde desaparece para dar paso a la sociedad. La concepción de sujeto será retomada por los filósofos, pero no desde un único punto de vista, por lo que se tienen de él distintas imágenes según la teoría o método que se privilegie.

El sujeto es un ente histórico. Su trascendencia proviene de que se enlaza al menos con una generación previa y otra posterior. Es parte de un linaje que le da pertenencia a un sitio y a una cultura y le permite producir conocimiento contextualizado histórica y espacialmente.

Desde el paradigma humanista, el sujeto es particularizante, complejo, histórico y con identidad cultural. Así, se le recupera con esa categoría que le había robado el modernismo: es un ente educable con tendencia a dejar la *techné* ciega y puede despojarse de lo universal o lo particular para adquirir una unicidad. Esta autonomía permite

una nueva forma de vida –la democrática– no sólo para algunos, como en la Grecia antigua, sino para todos (Cantón, 1999).

Entre las varias acepciones de *sujeto* que Marx propone, una de ellas, la más estrecha, se refiere a él como clase fabril. El mismo Marx amplía después esta visión al incorporarlo a la clase asalariada para luego dar su visión clásica, más amplia, del proletariado, que incluye a la familia, la pareja y la prole.

La noción de sujeto cambia según el tipo de estudio que lo implique. Esto quiere decir que la concepción de sujeto no será la misma en una historia de vida que en un estudio etnográfico, de mercado o histórico. Los niveles de profundidad de espesor diluyen la individualidad, en tanto que ésta aflora en la superficie.

Como señala Osorio (2001), “los sujetos y la noción de sujetos se redefinen en función del espesor de la temporalidad adoptada, por lo cual no siempre estamos haciendo referencia a los mismos actores [...] es en la coyuntura donde los actores individuales adquieren no sólo visibilidad, sino que pasan a ocupar un sitio destacado”. Asimismo, Osorio advierte que la historia no da cuenta de relaciones equilibradas entre estructura y sujeto; en tiempo social dilatado, las estructuras tienden a prevalecer sobre los sujetos, de modo que los tiempos coyunturales, lejos de ser comunes, son excepcionales.

Encontramos similitudes en las nociones de sujeto de Cantón, Marx y Osorio en tanto los tres lo consideran no como un elemento aislado, sino como parte de algo, de ahí su carácter histórico y trascendente.

Ahora bien, en tanto parte de un estudio, el sujeto se metamorfosea de acuerdo al contexto donde se le ubique. La noción de sujeto que aquí nos interesa es precisamente una noción metamórfica que pueda pasar del individuo relacionado al sujeto como parte de una clase y como elemento de una estructura, es decir, una visión de sujeto que sea horizontal (tiempo corto) y vertical (tiempo largo).

ELEMENTOS PARA UNA RELACIÓN EQUILIBRADA

Como ya hemos señalado, este escrito busca aportar elementos para equilibrar la relación sujeto-estructura tomando como referente los trabajos de análisis sociológico tanto de Zemelman (1983) como de Osorio (2001).

Los modelos de estos dos autores ofrecen elementos para reconstruir y desestructurar la realidad respectivamente. En ambos casos nos enfrentamos a un problema epistemológico, ya que si partimos de lo inmediato –la superficie– lo que veremos será en principio diferente a lo que encontraríamos si partimos de la profundidad de la estructura.

Tenemos entonces que tanto la forma de percibir la realidad como la forma de aprehenderla serán diferentes desde cualquiera de estos dos puntos de vista. Resolver este problema epistemológico nos permitirá fluir de un punto a otro para complementar lo que se ve, no para excluirlo. Tal es nuestra propuesta.

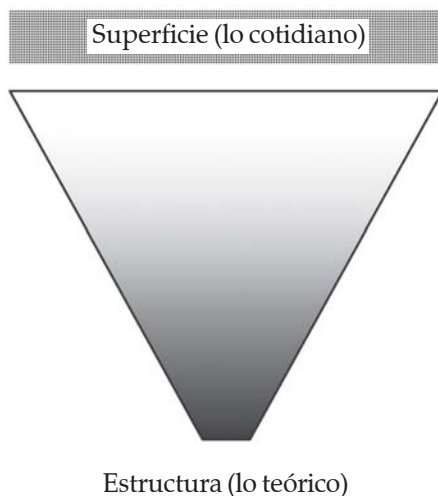
El modelo de Zemelman

Como ya hemos dicho, Hugo Zemelman habla de reconstruir la realidad dado que el mundo se nos presenta con una complejidad que abruma los sentidos y entumece nuestros propósitos de conocerla.

Aun cuando la completud de la realidad está lejos de poder ser alcanzada, son deseables las teorizaciones que puedan hacerse de ella siempre que éstas tengan una base empírica. Las dimensiones presentes en el estudio de la realidad son el tiempo y el espacio. El tiempo-espacio como unidad es una noción fundamental pues es en ella en donde estamos inmersos; de ahí que deba tomársele en cuenta para cualquier proyecto. El presente es un lapso en el que el pasado y el futuro se entrelazan. Ver el pasado es un intento por reconstruir aquello que ya pasó y, en tanto intento, está permeado por una visión propia y particular de lo que nos interesa reconstruir. Lo que se busca, en todo caso, es hacerlo de manera sistematizada.

Si bien los hechos se construyen con base en las relaciones entre el sujeto y el objeto, se debe partir de que la realidad existe para proyectar un trabajo de reconstrucción de la realidad o hacia el futuro. Debemos, pues, partir de que “eso” sobre lo que se quiere trabajar existe (pragmatismo de Peirce). Dicho en otras palabras, para poder acotar la realidad y sistematizar su reconstrucción, hemos primero de aceptar que ese espacio que vamos a reconstruir o proyectar existe y que somos capaces de intervenir en él, con lo que se deja de lado el conocimiento contemplativo. Para lograr esto, Zemelman propone partir de tres

FIGURA 1
Esquemización de una estructura



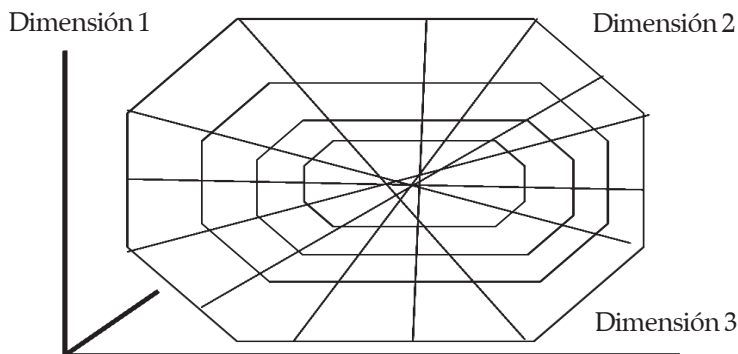
En este esquema de una estructura, lo cotidiano es la superficie, clara y “transparente” a los ojos de las personas. Lo teórico de la estructura, sin embargo, queda velado –es “oscuro”– para el común de la población.

supuestos: el del movimiento, el de la articulación de procesos y el de la direccionalidad.

El supuesto del movimiento se refiere al carácter dinámico de la realidad, que se mueve en su conjunto sin dejar pedazos en el pasado o aventar porciones hacia el frente. La realidad es un todo compacto que se mueve, por lo que cualquier intención de estudiarla debe tomar eso en cuenta.

El supuesto de la articulación de procesos alude a que para estudiar o reconstruir dicha realidad podemos fragmentarla, pero sin perder de vista que tiene una vinculación real con la trama compleja que es. Al estudiar un fragmento separado de ella metodológicamente, se debe pensar como si fuese el nudo de una red; dicho nudo puede estudiarse en particular, pero sin el complejo de que forma parte, no existe como parte de la red y deja entonces de tener sentido.

FIGURA 2
Movimiento de la realidad



El esquema muestra el movimiento de la realidad en sus tres dimensiones espaciales en conjunto, construyendo su deformación espacio-temporal. Se observa que en cada momento la forma una trama compleja y la sinergia que le da vida.

Por último, el supuesto de la direccionalidad supone la existencia de una dinámica interna del proceso. La direccionalidad objetiva estará determinada por las condiciones estructurales, las fuerzas sociales y los microdinamismos de los sujetos.

El estudio de la realidad no puede hacerse *a priori*, debe tener un sustento empírico que permita objetivarla. La sistematización de dicho esfuerzo se condensa en un diagnóstico que acota en espacio, tiempo, recursos y, en general, en todas las dimensiones que puedan vincularse. La función del diagnóstico está ligada a la necesidad de problematizar la parte de la realidad en la cual es posible intervenir (Zemelman, 1997).

Para reconstruir la realidad deben considerarse las áreas temáticas, convertidas así en conceptos ordenadores. Recordemos que el estudio del presente puede entenderse a partir de la idea que de él nos hagamos. De este modo, entender las cosas que suceden en nuestro entorno tiene sentido si nos preguntamos por el conjunto de relaciones que se establecen. Zemelman propone conceptos ordenadores que derivan de un enfoque epistemológico para el uso de la teoría en el análisis del presente o en la elaboración de un diagnóstico.

El control del condicionamiento teórico implica problematizar la teoría para romper jerarquías determinadas o impuestas en un objeto de estudio y, de este modo, construir las relaciones posibles en el proceso. Para suponer que la realidad es una articulación de procesos ha de considerarse que existen dos planos de uso de teoría: la selección de conceptos mediante la descomposición de los *corpus* teóricos; y el uso de dichos conceptos para definir observables.

Los conceptos constituyen instrumentos para construir observables y son elegidos con base en su uso para el examen de contribuciones teóricas en el área temática respectiva y en el trabajo de campo de referencia. Las áreas temáticas que se reconozcan como recortes disciplinarios de los procesos reales deben analizarse como niveles de la realidad. Los conceptos ordenadores deben permitir el recorte de la observación de la realidad, así como la recuperación de las diferencias espaciales, temporales y dinámicas entre los procesos estudiados.

Es claro que será la lógica del trabajo la que dará la pauta para el uso correcto de estos articuladores de la realidad, no un orden preestablecido. Ahora veremos con detenimiento las áreas que se proponen para el estudio de la realidad, a saber: la económica, la política y la psicocultural. En última instancia, el tiempo debe ser abordado como uno más de estos conceptos.

Los niveles que Zemelman sugiere para reconstruir la realidad son lo macro y lo micro; así, habla de microespacio, microestructura, microtiempo y microcoyuntura, o bien de macroespacio, macroestructura o macrotiempo. Zemelman reconoce el tiempo largo como una característica de las estructuras según Braudel, pero alude que lo macro se construye desde lo micro, de manera que se hace necesario generar tiempos fragmentados de estudio llamados *microestructuras*.

El modelo de Osorio

La propuesta de Jaime Osorio aporta elementos para desestructurar la realidad. Ésta, en tanto completud, nos muestra una inmensidad infinita. Puesto que la realidad es un entramado no discreto, sino continuo, para poder estudiarla hay que desestructurarla, aunque esto sea sólo por principio metodológico.

Ahora bien, los elementos que conforman la realidad pueden distribuirse por niveles –de espesor, de tiempo y de espacio– que se interrelacionan entre sí. A su vez, cada uno de estos niveles de realidad se dividen en tres, como se explica a continuación.

El nivel de *espesor*, entendido como el grado de profundidad con que se realiza un estudio, se divide en nivel superior (superficie), medio y profundo (estructura). El nivel de la superficie permite ver lo cotidiano, los detalles de lo inmediato. En contraste, el nivel de estructura permite construir una abstracción macroformal de la armazón de relaciones que da sentido al aparente desorden de la superficie. Profundidad y abstracción tienen una relación inversamente proporcional, esto es, a mayor profundidad, mayor abstracción; a menor profundidad, menor abstracción. Osorio parte de la idea de estructura de Braudel, quien como ya se dijo la entiende como algo que perdura y permite darle sentido a procesos a nivel macro. De ahí que la estructura sacrifique detalle por amplitud.

Con respecto al nivel de *tiempo*, Osorio recurre a la división que del mismo hace Braudel, es decir, tiempo de ciclo corto, medio y largo. El tiempo de ciclo corto es el de lo cotidiano, aquel que a lo sumo dura una vida. Braudel diría respecto de este tiempo que es “sólo la primera aprensión de los hechos, es la más caprichosa, la más engañosa de las duraciones” (Wallestein, 1998). Por su parte, el tiempo medio es el de la cultura, que va más allá del ámbito de la historia; siempre cambiante en su relación como proceso cultural, la cultura expresa la dimensión temporal más en la forma del cambio y la innovación. Por último, el tiempo de onda larga es el tiempo de las estructuras, el de las civilizaciones.

La Escuela de los Annales plantea la historia de las civilizaciones como historia estructural. El cambio civilizatorio tiende a ser lento en un movimiento de onda larga, en tanto que la historia de lo cotidiano alude al tiempo de ciclo corto. Es por esto que la historia –que suele priorizar los tiempos de onda larga y media– se rehace y se enriquece cuando se le ve desde la perspectiva del tiempo de ciclo corto.

La última dimensión, la del *espacio*, se divide también en tres niveles: local, regional y macrorregional. Así, lo local correspondería a un país; lo regional, como su nombre lo indica, a una región; y lo macrorregional al mundo o a varias regiones.

Para ser consistente en su modelo, Osorio señala que los niveles se articulan para su estudio de una manera lógica. De este modo, lo

local empata con el tiempo corto y estudios de superficie; lo macro-regional con la estructura y el tiempo de onda larga. La abstracción desempeña aquí un nivel fundamental, pues pararnos en un nivel define qué podemos ver y cómo podemos verlo. Lo macro y lo micro son aspectos excluyentes.

Osorio define la coyuntura como una condensación de tiempo, espacio y espesores. En esta coyuntura, el tiempo, diferente del tiempo cronológico en el cual está atrapado, se acelera y condensa eventos que permiten ver a la estructura en la superficie. Éstos son, desde luego, tiempos excepcionales en los que pueden articularse lo macro y lo micro.

Unidad y diversidad en los modelos

Una vez analizados los modelos de Zemelman y Osorio, encontramos en ellos varias similitudes: ambos toman como referencia a Braudel para generar su noción de estructura y de tiempo; y ambos –también retomando a Braudel– coinciden en que el tiempo coyuntural es distinto del cronológico y tiene un carácter excepcional en tanto es una condensación tiempo-espacio-espesor que permite ver las estructuras en la superficie. Asimismo, los dos mencionan que sus modelos son metodológicos.

Pero así como tienen coincidencias, tienen diferencias. En tanto Zemelman habla de reconstruir la realidad –que, luego entonces, es dispersa y hay que ordenarla–, Osorio habla de desestructurarla –de lo que se infiere que está estructurada, es decir, tiene un orden.

También difieren en la forma en que entienden la estructura. Osorio es más consistente con Braudel en la medida en que acepta que la estructura se ubica en el nivel de lo macro y hay coyunturas. Por su parte, Zemelman, si bien seguidor de Braudel, habla de microestructuras y microcoyunturas, conceptos que rompen con la idea central del autor citado. En este estudio atenderemos a los puntos en que ambos autores coinciden.

UNA PROPUESTA DE FLUJO

De lo hasta aquí expuesto se desprende que:

- La concepción de sujeto varía de acuerdo al tipo de estudio que lo involucre. Sin embargo, en todos los casos es complejo, particular e histórico (Cantón, 1999).
- La estructura puede entenderse como un soporte físico, geográfico y cultural de la sociedad. Es, indudablemente, un ensamble, una arquitectura, pero más aún, es una realidad que el tiempo tarda en desgastar y transportar (Braudel, citado en Osorio, 2001).
- La coyuntura es una condensación de espesor y tiempo que permite visualizar estructura y superficie en condiciones excepcionales (Osorio, 2001).

Con estos elementos, podemos establecer que para estudiar un aspecto concreto de la sociedad con el fin de analizarlo críticamente desde la visión de los sujetos, debemos utilizar dos categorías de análisis:

- La *estructura de tiempo largo*, para desarrollar conceptos ordenadores con los cuales entretrejer la red de relaciones de las condiciones sociopolíticas que dan lugar al proceso a estudiar. De ahí que las técnicas para develar la estructura que da lugar a dicho proceso serán de corte documental, bibliográfico y de análisis del discurso escrito (hermenéutica).
- El *sujeto*, definido en el espesor de superficie como individuo relacional, pero a su vez enlazado en la estructura como clase. Esta categoría requerirá de acceso a información por fuente primaria con técnicas como la entrevista y la historia de vida, en primera instancia directa y en segunda en memorias o entrevistas publicadas. El contraste con lo documentado históricamente en escritos nos acerca a los sujetos, pero nos aleja de un anecdotario para arrojarnos a la historia oral. Dado que el sujeto será definido en la superficie, se le reconstruirá y entenderá en dicho contexto, pero para enlazarlo será definido como clase.

La distribución del espacio de estudio debe ser acotada, explotando la riqueza de detalles que proporcionan las técnicas para acceder a

información en la categoría de sujeto en la superficie. Por lo tanto, el número de sujetos en estudio se reduce y se acorta la distribución espacial al priorizar el espesor de superficie matizando aspectos de lo cotidiano, pero siempre dándole sentido a partir de la estructura en un lazo que los una.

Para desarrollar un trabajo en el que se concatenen estos dos aspectos al parecer distantes epistemológicamente, se debe considerar que el tiempo de estudio es coyuntural; de este modo podrá buscarse un lazo invisible que una tanto al sujeto como a la estructura en tiempo y espacio.

En este tiempo coyuntural podremos transitar entre lo macro y lo micro, pues el aceleramiento del tiempo social y la condensación de espesores permiten fluir de uno a otro partiendo de una propiedad de las estructuras, a saber: el hecho de que éstas son fluidas, no rígidas. Recuperando el principio de recursividad de Morin, se estructuran y se desestructuran de manera constante.

Esto es visible en la coyuntura y sólo es posible como elemento metodológico si el tiempo es condensable. Se condiciona así a que el tiempo sea una categoría en términos de Zemelman, un concepto organizador como propiedad de una estructura. El concepto de ritmo temporal sufre aquí una arritmia –como la define Osorio– y ese tiempo relativizado es el que permite las condensaciones, que a su vez nos dan la oportunidad de reestructurar la realidad por niveles condensados a partir de la superficie.

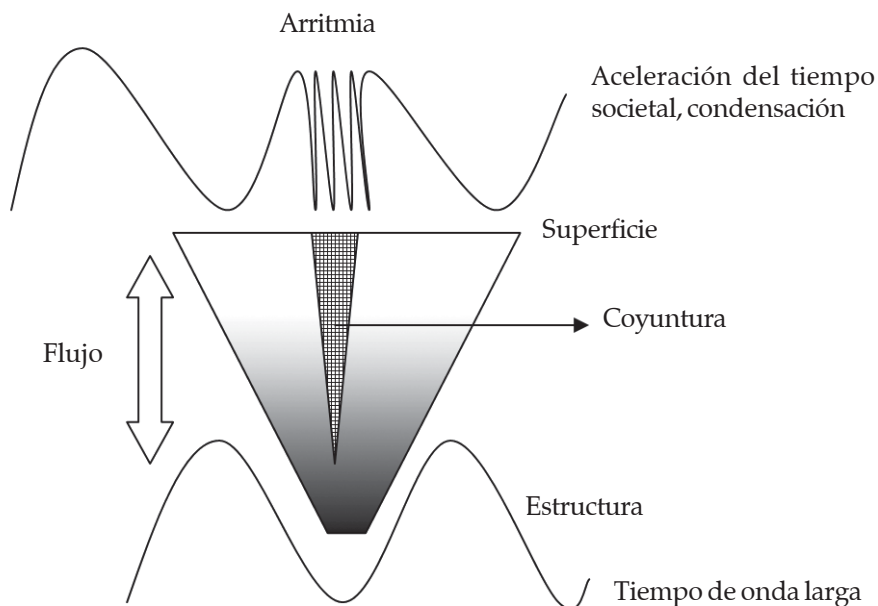
Desde un enfoque metodológico, se resuelve así el dilema epistémico de los dos lugares desde los que se ven diferentes cosas, es decir, se está en uno o en otro, pero no en los dos. La propuesta de flujo es un lazo que une dos polos –lo macro y lo micro– en un tiempo coyuntural, y se basa en la propiedad recursiva de la estructura. Será dicha propiedad la que nos permita penetrar en la estructura desde su superficie en un tiempo coyuntural, esto es, en una arritmia del tiempo social.

La oralidad se reviste aquí de importancia. Mientras que la historia del documento da cuenta del devenir de las sociedades, la historia oral registra el de los sujetos inmersos en ellas como elementos que particularizan el tiempo coyuntural y las arritmias que son capturadas por los ojos de quienes las vivieron.

Por otra parte, confrontar la historia oral con las fuentes escritas permite evitar tanto el síndrome de la credulidad que lleva al mito, como el de la generalidad que favorece el documento.

La historia oral no se preocupa por los hechos y relatos de los actores principales (la historia de los paladines), sino que hace eco de las palabras de las personas comunes, lo mismo le da voz a un funcionario que a un maestro de banquillo (Joutard, 1999).

FIGURA 3
Modelo de flujo



En el modelo de flujo, la estructura se ve desde la superficie en una coyuntura, la cual a su vez se produce cuando se acelera el tiempo social y se genera una arritmia. La estructura de tiempo largo sigue, pero sus características cambian en ese momento.

CONCLUSIONES

La forma en que entendemos la realidad implica necesariamente una postura ante el conocimiento de la misma. Aquí hemos optado por

un enfoque racionalista y, en consecuencia, para representar la realidad debemos intervenir en ella. Esta intervención implica que podemos reconstruirla o desestructurarla para saber de ella, en ambos casos apegándonos a un método.

Desde nuestra propuesta, desestructurar la realidad nos permite contar con elementos para resolver el problema epistémico que implica la exclusión de lo que se representa desde lo macro o desde lo micro. Aportamos así elementos que permiten, a partir de una metodología de flujo recursivo, ir de lo macro a lo micro en una condensación tiempo-espacio llamada *coyuntura*.

Lo anterior coadyuva a comprender la estructura partiendo del espesor de superficie hacia el sujeto y viceversa, siempre bajo la condición de un tiempo coyuntural. Para reconstruir una estructura desde el sujeto y la realidad social desde el relato.

BIBLIOGRAFÍA

- Bachelard, G. (1988), *La formación del espíritu científico*, Siglo XXI Editores, México.
- Barnes, B. (1994), "El problema del conocimiento", en León Olivé (coord.), *La explicación social del conocimiento*, UNAM, México.
- Bourdieu, P., J.C. Chamboredon y J.C. Passeron (1983), *El oficio del sociólogo*, Siglo XXI Editores, México.
- Cantón, V. (1999), "Poscriptum. El sujeto por todos tan temido", en R. Markarian y R. Gambini (eds.), *Certidumbres, incertidumbres, caos. Reflexiones en torno a la ciencia contemporánea*, La Vasija/Trilce/Correo del Maestro, México.
- Cárdenas, V., J. Gómez, J. Márquez y A. Yudelevich (1996), "Crítica al dualismo cartesiano. ¿Somos capaces de enjuiciar nuestras convicciones?", *Xictli*, año VI, núm. 25, UPN, México.
- Hacking, I. (1996), *Representar e intervenir*, Paidós, México.
- Joutard, P. (1999), *Esas voces que nos llegan del pasado*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Kuhn, T.S. (1971), *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Morin, E. (1998), *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa, Barcelona.
- Osorio, J. (2001), *Fundamentos del análisis social. La realidad social y su conocimiento*, Fondo de Cultura Económica, UAM, México.

- Wallestein, I. (1998), "El invento de las realidades del tiempo-espacio: hacia una comprensión de nuestros sistemas históricos", en *Impensar las ciencias sociales*, Siglo XXI Editores, CEICH, México.
- Zemelman, H. (1983), "Historia y política del conocimiento", en *Historia y política en el conocimiento*, UNAM, FCPyS, México.
- (1997), *Conocimiento y sujetos sociales. Contribución al estudio del presente*, El Colegio de México, México.